

Parte 1

—¿Entonces las profecías de las viejas canciones se han cumplido de alguna manera! —dijo Bilbo.

—¡Claro! —dijo Gandalf—. ¿Y por qué no tendrían que cumplirse? ¿No dejarás de creer en las profecías sólo porque ayudaste a que se cumplieran? No supondrás, ¿verdad?, que todas tus aventuras y escapadas fueron producto de la mera suerte, para tu beneficio exclusivo. Te considero una gran persona, señor Bolsón, y te aprecio mucho; pero en última instancia ¡eres sólo un simple individuo en un mundo enorme!

—¡Gracias al cielo! —dijo Bilbo riendo, y le pasó el pote de tabaco.

(El Hobbit - J.R.R.Tolkien - Círculo de Lectores - 1995)

Balin se quedó mirando el fuego de la chimenea pensativo, dándole vueltas a las últimas palabras de Gandalf; pensaba en Thorin Escudo de Roble. Thorin también había sido un simple individuo en un mundo enorme, sin embargo con sus actos y decisiones había conseguido que se desencadenaran gran cantidad de acontecimientos, que habían finalizado con la muerte de Smaug el Terrible, con una gran batalla de la que habían salido victoriosos, no sin recibir también grandes y dolorosas pérdidas, y con la recuperación de Erebor para el pueblo enano. Entonces Balin expresó ese pensamiento en alto:

—A veces un simple individuo puede conseguir grandes logros... Thorin lo hizo.

Bilbo asintió mientras daba una bocanada de humo a su pipa y Gandalf se quedó mirando curioso la expresión de Balin mientras pensaba en la lógica de su razonamiento, pero no le dijo

que él era en gran parte el culpable de la mayoría de los hechos acaecidos en la aventura con Thorin. Una aventura hartamente necesaria como se demostraría varios años más tarde, después de ver los resultados obtenidos de la misma y viendo el desenlace de los hechos posteriores. Pero eso es otra historia. Permanecieron así en silencio largo rato a la luz de las brasas hasta que al final decidieron irse a descansar.

A la mañana siguiente se levantaron temprano y Bilbo preparó un suculento desayuno para los tres.

—¿Entonces me visitarás cuando vayas de regreso a la Montaña?

—Querido amigo —dijo Balin—, ciertamente no lo sé. Estaré un tiempo en las Montañas Azules visitando a mis parientes y aún no tengo decidido cuándo y cómo volveré a Erebor. Mi corazón me dirá cuándo he de regresar y, si me es posible, te visitaré una vez más antes de volver a los palacios de Dáin.

—¿Y tú, Gandalf?

—Por mi parte acompañaré a Balin hasta Ered Luin y posteriormente marcharé a ocuparme de ciertos asuntos que he de atender. Oh no, no, no os preocupéis, no son asuntos turbios ni peligrosos como los ocurridos hace... pero he de atenderlos —Y, viendo la expresión triste de Bilbo, añadió—. Pero te prometo que volveremos a vernos, querido Bilbo.

Y Bilbo sonrió satisfecho pues sabía que las promesas que Gandalf hacía siempre las cumplía. Tras el desayuno Bilbo se despidió de sus amigos deseándoles buena suerte en su viaje, y Gandalf y Balin partieron hacia el oeste.

Varias semanas más tarde, cuando el frío invierno se cernía sobre la tierra y las montañas, llegaron a Ered Luin. El camino había sido lento aunque tranquilo. Estaban en una época en la que, tras la Batalla de los Cinco Ejércitos años atrás, los caminos volvían a ser seguros y transitados, y apenas se oían rumores de tropelías o saqueos orcos, por lo que se cruzaron con transeúntes y viajeros muy a menudo, e incluso pasaron algunas noches en campamentos donde les dieron una buena ración de comida a cambio de una buena historia. Pero los días eran cada vez más fríos y apretaron el paso hasta que por fin llegaron a la morada de Borin, viejo conocido y amigo de Balin. Borin era un capitán enano de Ered Luin que lucía una gran barba negra que empezaba a cambiar de color al gris. Había participado en la Batalla de Azanulbizar cuando apenas era un muchacho, y después se trasladó a las Montañas Azules y se estableció allí. Combatió en multitud de ocasiones contra los orcos y trasgos de las montañas del oeste, hasta que los enanos consiguieron expulsarlos de allí y se establecieron en diferentes asentamientos y pequeñas minas todo a lo largo de la cadena montañosa. No eran tan grandes como las minas y los salones de la edad antigua, pero eran acogedores al menos para los enanos. Extraían materiales suficientes para el trabajo de sus artesanos y comerciaban tanto con hombres como con elfos, y a veces incluso con los hobbits que vivían más al oeste de la Comarca. Balin y Borin se conocieron durante la época en que Balin se estableció en la colonia de Thorin, al norte de las Montañas Azules, creándose una gran amistad entre ambos que aún permanecía y que perduraría hasta el fin de sus días.

Tuvieron una calurosa bienvenida puesto que todo el mundo conocía a Balin de su heroica aventura con Thorin Escudo de Roble, y aunque desconfiaban de los magos y de sus mágicas artes, también acogieron alegremente a Gandalf, al cual tenían un

gran respeto por su participación en la conquista de la Montaña Solitaria.

—¡Por mis barbas! ¡Balin, viejo amigo! —dijo Borin—. Veo que larga ha crecido tu barba y, aun habiendo pasado muchos años desde la última vez que nos vimos, sigues teniendo buen aspecto.

—Y yo veo que tú apenas has cambiado... aunque tal vez esa panza sea más redonda que la última vez... ¡y esa barba comienza a ser gris en vez de negra! —bromeó Balin y ambos rieron—. Me alegro de verte. Ya tenía ganas de llegar; me duelen los huesos a causa del frío del invierno y necesito un fuego en el que calentarme —en ese instante se dio cuenta que Gandalf estaba a su lado y que aún no había dicho ni una sola palabra—. ¡Oh! Permitidme que os presente; este es Gandalf el Gris: mago, consejero y también amigo.

—Y espero que eso último que has dicho sea lo primero en tu corazón —y Gandalf alargó el brazo, estrechando la mano de Borin a la vez que inclinaba la cabeza—. Encantado de conocerle, señor Borin. Balin no ha parado de hablar de ti durante todo el viaje.

—Es todo un honor para mí conocer por fin en persona a Gandalf el Gris —y realizó una profunda reverencia—. ¡Tenéis que contarnos todo sobre vuestra aventura! Pero, por favor, pasad, seguro que estáis cansados. Os enseñaré vuestros aposentos donde podréis acomodaros; y esta noche prepararemos una gran cena en la que seguro tenéis mucho que contarnos.

Balin y Gandalf acompañaron a Borin al interior del asentamiento en el que vivían. Ciertamente era una mina, al estilo de los enanos, pero de pequeño tamaño; apenas vivían allí varias decenas de ellos. Las minas de las montañas del oeste no eran

grandes como los grandes salones de la antigüedad, pero en cambio había gran cantidad de ellas (aunque algunas estaban vacías, cerradas o abandonadas), por lo que existían varias colonias de enanos, unas cercanas a las otras, y en caso de necesidad podían ayudarse mutuamente con facilidad. Tampoco eran tan ricas en minerales como en el pasado, pero los enanos conseguían extraer material suficiente para hacer hachas, espadas, cotas de mallas, yelmos y escudos, y también utensilios para la vida diaria; muchos eran vendidos a los pueblos que vivían cerca de las montañas y otros intercambiados por víveres o por ganado. También realizaban trabajos por encargos como puertas, rejas o verjas a hombres de poblaciones cercanas, pues los enanos eran diestros en todo lo que se refiere a trabajar y modelar el metal, y muy valorados eran sus trabajos.

El asentamiento de Borin tenía una puerta principal de piedra adornada con runas enanas, y al entrar había una gran primera sala que hacía las veces de lugar de encuentro entre los miembros de la colonia. Se iluminaba con luz natural de día a través de grandes ventanales, mientras que de noche había antorchas dispuestas estratégicamente para una buena iluminación de la misma. Después había un pasillo que iba hacia el interior de la montaña, y contaba con pequeñas habitaciones interiores excavadas en la roca en el lado sur, que hacían de dormitorios, y con grandes habitaciones en el lado norte; una de ellas era un gran salón de ceremonias y festejos, y el resto eran fraguas, almacenes, cocinas, armerías y talleres. En diferentes lugares podían encontrarse fuentes de agua cristalina que bajaba de la zona más alta de las montañas, y en la parte más interior del asentamiento nacían los túneles que iban hacia las minas.

Balin y Gandalf tuvieron un rato para descansar antes de la cena; pudieron refrescarse, cambiarse las ropas del viaje y

calentarse al calor de un buen fuego, y pronto se sentían con mejor ánimo. Después se encontraron con Borin y se dirigieron hacia el gran salón. Borin les presentó a sus hijos, Úri y Kúri, ambos muy parecidos entre sí, y según dijo Balin eran la viva imagen de padre cuando era joven. Una vez llegaron vieron que habían asistido la gran mayoría de enanos que allí vivían, y parecían todos muy joviales y contentos. Esa noche se sirvieron ricos y sabrosos asados, y por supuesto no faltó cerveza, muchos barriles se abrieron esa noche. Comieron hasta que ya no podían comer un bocado más, y bebieron hasta que... bueno, bebieron durante toda la noche pues una buena cerveza no puede despreciarse, según los enanos. Hacía tiempo que no se reunían todos en festejo, y hablaron y rieron y contaron historias de épocas pasadas, y el tiempo fue transcurriendo entre jarra y jarra de cerveza.

—Entonces Balin, ¿piensas quedarte un tiempo con nosotros? Estamos en pleno invierno y no te recomendaría viajar con las nieves cayendo de los cielos —dijo Borin.

—Me gustaría de veras, si me lo permitís. Tengo la idea de visitar a parientes y viejos amigos, y eso me llevará una buena temporada si quiero estar un poco con todos.

—¡Eso suena muy bien! —dijo sonriendo Borin— ¡y brindo por ello! —y alzó su jarra para beber, y después el resto de enanos hizo lo mismo, y todos bebieron un gran trago de cerveza. Después añadió—. ¿Y usted, señor Gandalf?

—¡Oh! No, no, lo siento, Borin. Por mi parte yo partiré mañana por la mañana hacia los Puertos Grises, que no están lejos de aquí; tengo asuntos que atender —se disculpó Gandalf—. Pero sé que dejo a Balin en buena compañía, y eso me alegra.

—¡Bien dicho! ¡Brindamos por eso! —se oyeron varias voces y el posterior entrecuchar de jarras llenas de la espumosa bebida.

De pronto se expresó en voz alta el deseo que muchos de los enanos allí reunidos tenían.

—¡Qué cuente la historia de la muerte del dragón! —dijo uno—. ¡Sí, que cuente como se recuperó Erebor! —dijo otro—. ¡Eso, eso, queremos oírla! —dijeron varios más.

Balin asintió, tomó un largo trago de cerveza y se dispuso a contar la gran aventura de Thorin Escudo de Roble:

—La historia comienza una tarde de primavera de hace ya varios años. Gandalf nos había citado en la casa del muy honorable y respetable Bilbo Bolsón, un hobbit. Allí fuimos llegando todos los enanos poco a poco, hasta que al final nos juntamos los trece con Bilbo, y también Gandalf, por supuesto. Entonces ...

Y así continuó Balin largo rato relatando la historia. Se recreó en los detalles y no se dejó nada importante por contar. Los enanos escuchaban muy atentos en completo silencio y asentían con cada decisión, y también vitoreaban cada triunfo en cada combate o aprieto que se narraba; excepto en las partes en que se contaba su paso por las ciudades élficas, en las que se podía notar la tensión en sus caras. Al fin acabó Balin de contar toda la aventura de Thorin, cómo se logró la victoria en la Gran Batalla, aniquilando a muchos orcos, trasgos y wargos; y contó que Fíli y Kili habían encontrado la muerte luchando valientemente; y que Thorin fue encontrado malherido y que posteriormente murió tras hablar por último con Bilbo. Entonces el gran salón se quedó en silencio, con muchas cabezas bajas por la pena de un final tan doloroso. Pero al fin Borin habló en alto y dijo:

—¡Y así se ganó Erebor! ¡Y ahora Thorin, y Fíli y Kili, y el resto de enanos que allí perecieron están en los salones de espera con nuestros padres! —y levantando la jarra de cerveza añadió—. ¡Y brindo por eso!

Y todos los enanos que allí había reunidos se sintieron orgullosos, y brindaron y tomaron la cerveza de sus jarras a la salud de los caídos, y Gandalf también bebió. Después, poco a poco, se fueron retirando a dormir y a descansar a sus habitaciones, pues la noche estaba ya avanzada y al día siguiente había tareas que realizar.

Cuando Balin despertó ya el sol se había levantado en el este hacía largo rato y entraba por los altos ventanales de la pared principal que daba hacia el exterior. Era un día claro y soleado, pero frío a la vez, y el aire apenas se movía. En el interior, sin embargo, el ambiente era cálido, y los enanos iban y venían haciendo sus rutinas diarias, y saludaban a Balin al cruzarse con él. Balin se dirigió hacia el gran salón buscando a sus amigos y allí se encontró con Gandalf y Borin sentados en una mesa, charlando tranquilamente.

—¡Balin, buenos días! —dijo Gandalf—. Te has levantado perezoso esta mañana. ¿Acaso no recordabas que hoy tenía que partir? He decidido esperar para verte y despedirme antes de salir.

—Perdonadme, señor Gandalf. Creo que el cansancio me venció y permanecí en el más profundo sueño durante toda la noche.

—¡Bien hecho, viejo amigo! ¡De esa manera estarás más descansado cuando te ponga a trabajar duro! —agregó Borin.

—¡Uh! Creo que estás atrapado, atrapado sin duda —y Gandalf rió y al poco estaban los tres amigos riendo juntos.

Después de tomar algo en forma de desayuno, Gandalf, Balin y Borin se dirigieron hacia el camino para la despedida, y se unieron Úri y Kúri.

—Señor Gandalf —dijo Borin—, sólo tiene que seguir el camino y no desviarse de él, y pronto llegará a su destino. Apenas le tomará un par de días, o tal vez tres. Espero que no encuentre dificultades durante la travesía.

—¡Gracias Borin! Conozco estos caminos y estoy seguro que no habrá contratiempos. Gracias por tu hospitalidad, ha sido un placer conocerte, ¡que larga siga creciendo tu barba!

—¡Mío es el honor! —y Borin hizo una profunda reverencia y le arrastró la barba por el suelo.

—En cuanto a ti, viejo Balin, cuida que tu barba siga larga, pues aún quedan muchas cosas que hacer en este mundo, y presiento que todavía has de formar parte de ellas.

—¡Oh no, no! Espero que no —dijo Balin—, creo que este será mi último viaje. Y cuando vuelva a Erebor me sentaré a descansar hasta que llegue el fin de mis días. Pero espero volver a verte antes de que ese día llegue. Hasta entonces buen viaje, amigo mío.

—Ojalá volvamos a vernos, querido Balin —Y dirigiéndose a Úri y Kúri añadió—. Y vosotros dos... Mmm... ¡No os metáis en líos! —Al verlos, Gandalf recordaba a Fíli y Kili, y no pudo más que sonreírles en la despedida—. Parto ya, hasta nuestro siguiente encuentro. ¡Adiós!

El mago dio media vuelta y partió sin mirar atrás. Sentía en su corazón que cabía la posibilidad de no volver a verlos, aunque esperaba equivocarse de veras. Pero no podía permanecer con ellos más tiempo puesto que urgía su presencia en otros asuntos;

asuntos importantes que requerían respuestas; respuestas difíciles de encontrar, a pesar de sus idas y venidas de este a oeste, y de norte a sur.

Parte 2

Balin permaneció todo el invierno con Borin, en su mina. Ayudó a la extracción de materiales, participó en la fragua creando herramientas, armas y objetos diversos, y también amenizó las largas noches de invierno junto al fuego contando historias pasadas y leyendas antiguas de cuando los enanos despertaron en la Tierra Media. Fue un tiempo placentero sin duda, y esperaba repetirlo en otros asentamientos de la zona, pues quería volver a encontrarse con más viejos amigos. Pero un hecho del todo inesperado ocurrió en esos días. Una noche, después de volver a relatar la historia de la muerte de Smaug, se quedaron charlando un tiempo más Borin con Balin, y les acompañaban Úri y Kúri; y estando a solas los cuatro se planteó la siguiente cuestión:

—Balin, gracias a la bravura de la Compañía de Thorin Escudo de Roble se recuperó el reino de Erebor. ¿No ha pensado en la posibilidad de organizar una expedición para recuperar el reino perdido de Khazad-dûm? —fue Úri el que había hablado, siempre impulsivo y valiente en sus actos y sus palabras. Pero se encontró con el enfado de su padre.

—¡No digas tonterías, muchacho! —dijo Borin algo nervioso—. ¡Sabes muy bien que eso no es posible! Yo estuve en la Batalla de Azanulbizar, y presencié la victoria de los enanos sobre los orcos, una victoria dolorosa y cruel pues muchos de los nuestros cayeron en aquella batalla —Borin fue tranquilizándose mientras hablaba—. Y tras el combate, el gran Dáin Pie de Hierro miró dentro hacia la oscuridad, y vio el miedo. Le cambió el semblante y hasta la piel se le tornó gris. Entonces se negó a seguir a Thráin al interior y ningún enano entró en Khazad-dûm,

ni siquiera Thráin. Y es que me temo que Dáin presintió el mal dentro, presintió la sombra... el Daño de Durin.

—Pero... —replicó Úri nuevamente—, el Viejo Smaug fue abatido, murió, y era una criatura grande y poderosa, y si Smaug pudo caer... tal vez también caiga el Daño de Durin.

—¿Pero no me has escuchado? —dijo Borin gritando visiblemente alterado—. El Daño de Durin no es una criatura cualquiera. No sabemos realmente como es, desconocemos su naturaleza, pero no creo que un dragón se le pueda comparar. Smaug era poderoso, sí, y una flecha negra acabó con su vida; pero para aniquilar a este ser necesitaríamos tener de nuestro lado un poder mucho más grande del que disponemos, y no creo que exista nada así en la Tierra Media.

—¿Ni siquiera la magia del señor Gandalf? —esta vez fue Kúri el que se atrevió a preguntar. Kúri no era tan impulsivo como su hermano, pero era igual de valiente.

—Con todos mis respetos hacia el señor Gandalf —dijo Borin mirando a Balin—. No sé qué tipo de poderes pueda tener el mago, pero no parecen tan poderosos.

—Gandalf es mucho más de lo que aparenta, amigo mío. No sólo es un hombre viejo que tiene algunos poderes y se hace llamar mago. Guarda muchos secretos bajo su aspecto.

Borin permaneció en silencio meditando las palabras de Balin mientras escuchaba su conversación con Úri y Kúri. Realmente no conocía los poderes del mago, aunque sabía que tenía fama de ser capaz de realizar muchos trucos que pocos podían hacer.

—¡Seguro que es un gran mago capaz de crear fuego como si fuera un dragón! ¡Y de invocar una gran ventisca como si fuera la misma cima de Barazinbar! —dijo Úri entusiasmado.

—Le he visto en acción y sé lo que es capaz de hacer, y diré que no dudo de tus palabras, muchacho —dijo Balin.

—¡Y seguro que es capaz de aniquilar mil orcos si se lo propone! —dijo Kúri con el mismo entusiasmo que su hermano.

—Es muy posible, joven Kúri —afirmó Balin—, al menos mientras no vengan los mil todos a la vez.

Entonces Borin se atrevió a decir en voz alta lo que estaba pensando en ese momento. Era algo muy atrevido y no sabía cómo reaccionaría su viejo amigo al escucharle, pero viendo el ímpetu de sus hijos tenía que plantearlo de algún modo:

—Si el mago tiene tanto poder como dices, y así de extraordinario parece por lo que nos cuentas... tal vez pudiera hacerse, tal vez se podría intentar la reconquista de los antiguos salones de los Khazad. Gabilgathol y Tumunzahar están perdidos bajo las aguas tras el hundimiento de las tierras del oeste llamadas Beleriand por los elfos; pero Khazad-dûm aún se mantiene en pie, y debería ser nuestra, debería estar habitada por los enanos, y no por fétidas criaturas del mal.

—Tal vez... pero lamentablemente no creo que Gandalf quisiera embarcarse en una aventura de ese tipo —dijo Balin resignado—. Es un asunto exclusivo de los enanos.

—La aventura de la Montaña Solitaria también lo era, y Gandalf ayudó a la Compañía de Thorin —apuntó Úri—. Deberías proponérselo —dijo, y Kúri asintió conforme, y ambos miraron a su padre.

—Esta vez estoy de acuerdo con mis muchachos, habla con el mago —dijo Borin.

Balin meditó durante un rato la conversación que acababa de tener con sus amigos. Pensaba y miraba de reojo, de uno a otro y después al tercero, y vuelta a empezar, hasta que finalmente dijo:

—Está bien. Hablaré con Gandalf... cuando vuelva a verlo. Pero os advierto que eso puede ser dentro de mucho tiempo, si es que nos encontramos nuevamente. Así que os pido prudencia, pues no quisiera que los enanos se movilizaran en vano sólo por una idea. Esta conversación debe permanecer en secreto.

Todos asintieron y no se volvió a hablar más de ese tema, al menos por un tiempo, y si se hizo nunca fue con alguien que no fuera alguno de ellos cuatro.

Pasado el invierno despertó la primavera en Ered Luin, y Balin se dispuso a visitar otros emplazamientos y a encontrarse con otros viejos amigos de las montañas del oeste; entre ellos las gentes del antiguo palacio de Thorin, al norte. Para eso pidió consejo a su buen amigo Borin sobre la mejor manera de recorrer los senderos, a lo que este respondió que lo mejor era llevarse a sus hijos como guías, pues ambos se habían criado en aquellas montañas y las conocían "¡mejor que a sus propias barbas!", según había dicho. Balin accedió gustoso al hecho de que Úri y Kúri le acompañaran en sus visitas, pues las travesías serían más cortas y ganaría tiempo que compartir con los suyos. De esta manera, varios días después, y tras los preparativos para el viaje, partieron una mañana primaveral clara, con un sol reluciente que los invitaba a caminar deprisa, una brisa fresca, y un horizonte nítido hasta donde alcanzaba la vista.

Borin esperaba que volvieran al finalizar el año, antes que las nevadas se cernieran sobre las cumbres y las laderas de la cadena montañosa, pero lo cierto es que se demoraron bastante más tiempo. Los tres compañeros recorrieron varias colonias enanas mientras las estaciones pasaban; acabó la primavera, pasó el verano y después el otoño, y cuando llegaba el invierno, y Úri y Kúri pensaban que regresarían a su hogar, Balin les sorprendió diciéndoles que deseaba ir al otro lado del Golfo de Lhûn, en el sur, y visitar los asentamientos del otro lado de Ered Luin. Los hermanos aceptaron encantados, puesto que apenas conocían el otro lado de las montañas a pesar de haber vivido toda su vida allí. Ambos tenían un fuerte deseo de viajar, de conocer lugares nuevos y de tener grandes aventuras, y de alguna forma aquello parecía una buena aventura... aunque exenta de peligros puesto que pocos lugares había en aquellas montañas en los que aún hubiera orcos o trasgos habitando en ellas. Y todo esto les tomó más tiempo de lo estimado, mucho más, ya que al volver a ver a Borin habían pasado casi tres años desde su partida.

Los tres enanos regresaron una tarde nublada de otoño. La lluvia era intermitente, el viento era frío y hacía presagiar que el invierno llegaría antes ese año; las nubes tapaban por completo el cielo y no dejaban un resquicio para que los rayos del sol llegaran al mojado suelo del camino que recorrían de regreso. Los dos hermanos estaban cansados de los viajes y de tanto caminar, y estaban ansiosos por volver a ver a su padre y contarles todo lo vivido. Por su parte Balin quería descansar también, se sentía agotado y necesitaba recuperar las fuerzas.

Llevaban un rato subiendo la larga cuesta empinada que daba hacia el asentamiento, cuando vieron una silueta sobre un risco, una silueta de un enano, una silueta conocida sin duda; era

Borin. Desde hacía días se asomaba al risco todas las tardes para observar el camino que ascendía, esperando ver a sus hijos regresar a casa; y por fin los vio, allí estaban, y también Balin. El corazón le dio un vuelco de alegría, se le aceleró por la emoción de verlos nuevamente después de casi tres años. Le había parecido tanto tiempo, que incluso temió que algo les hubiera pasado; pero por fin la angustia se le pasó.

Borin salió al camino, al encuentro de los recién llegados, y no pudo evitar la emoción de tenerlos nuevamente allí.

—¡Venid mis muchachos! ¡Si hasta parece que vuestra barba ha crecido más que la mía! Por fin estáis de vuelta y me alegro de veros. Y a ti también, viejo amigo —dijo a Balin—. Hasta temí que te hubieras ido de regreso sin siquiera haberte despedido... ¡y con mis muchachos!

—No podría, Borin, tenía que volver a verte, y aún tendrás que aguantarme un tiempo antes de marcharme de vuelta a Erebor, pues tengo intención de partir en la siguiente primavera.

—Me entristece oír que te irás, pero me alegra que aún quede tiempo para que eso ocurra.

—¡Padre, tenemos que contarte muchas cosas! Hemos recorrido toda Ered Luin —dijo Úri entusiasmado.

—¡Incluso hemos estado del otro lado del Golfo de Lhûn! —añadió Kúri.

—Eso explica el largo tiempo que os ha tomado el viaje —dijo Borin mirando a su amigo.

—No pensaba ir tan lejos. Perdóname, debí haberte avisado —se disculpó Balin—. Pero tenía mis razones, que más tarde te

contaré, para ir hasta allí y de esa manera visitar a todos los enanos de estas montañas.

—De acuerdo —dijo Borin—. Pero vayamos dentro. Hace frío y está empezando a llover de nuevo. Más tarde tendremos tiempo de hablar —y todos entraron al refugio de la montaña.

Esa noche tomaron la cena todos juntos en el gran salón. Hubo ricos estofados y mucha cerveza, como es habitual en los festejos enanos. Los jóvenes Úri y Kúri contaban sus historias vividas con entusiasmo; estaban rodeados por los enanos más jóvenes de la colonia y querían saberlo todo, sobre todo la parte en que habían marchado al otro lado de las Montañas Azules, pues muchos de ellos nunca se habían movido de su propia zona y ansiaban la emoción de una aventura. Por otro lado se juntaron los enanos mayores, que hablaban con tranquilidad y sosiego, y disfrutaban viendo el entusiasmo de sus jóvenes. Balin narraba las mismas historias, pero no le daba tanta importancia pues en realidad no había ocurrido nada extraordinario; sólo algún avistamiento a lo lejos y varias cuevas vacías con pocas cosas interesantes. Lógicamente hablaban de trasgos, y como he dicho no había ocurrido nada, pero ellos lo contaban como si hubieran vivido una gran batalla.

Avanzada la noche la mayoría de los presentes se fueron retirando a descansar. Entonces Balin se acercó a Borin y le pidió hablar a solas, era un asunto importante y no quería que nadie les oyera. Fueron a los aposentos de Borin y allí se sentaron en unos taburetes junto a una pequeña mesa. Entonces Borin habló:

—Cuenta eso tan importante que tienes que decirme, Balin. ¡Me tienes en la más absoluta intriga!

—Es importante sin duda —dijo Balin poniéndose serio—. Recuerdas nuestra conversación secreta, ¿verdad? —Balin esperó

que su amigo asintiera—. He tenido esa misma conversación en no pocos lugares en los que hemos estado durante el viaje. El corazón de los enanos anhela volver a los días de antaño, vivir en grandes salones, ser una gran colonia con miles de enanos, ver el kheled-zâram otra vez, buscar nuevamente metales preciosos en las minas del Cuerno Rojo, ¡y encontrar mithril! —Borin escuchaba y asentía, pero no decía nada—. Los jóvenes desean con entusiasmo conocer cómo vivían sus padres, vivir aventuras, sentirse vivos; y los mayores anhelan el pasado, quieren recuperar lo perdido y ganarse una gloria que haga que se les recuerde hasta el fin de los tiempos. Sus corazones están inquietos, ansiosos de esplendor y riquezas y gloria.

—Estás hablando de... que desean volver a... ¿quieren recuperar Khazad-dûm!

—Así es, viejo amigo. No quería creerlo al principio. Creí que era una mera coincidencia que aquello que hablamos con Úri y Kúri volviera a repetirse en otros sitios. Pero finalmente me he dado cuenta que no es así. Son muchos los que quieren luchar nuevamente, muchos los que desean regresar al antiguo hogar. Aunque no todos se embarcarían en una aventura semejante. Y es que el miedo a ... ya sabes, sigue siendo muy grande también.

—Entiendo. ¿Y qué piensas hacer? —preguntó Borin sintiéndose también inquieto ante la idea.

—Durante el viaje de vuelta he tenido tiempo de pensar mientras caminaba. Creo que lo más sensato sería volver a Erebor y hablar con Dáin Pie de Hierro, exponerle todos estos hechos y escuchar lo que tiene que decir. Su opinión es importante, y si alguien puede hacerlo será él. Pues necesitaríamos una gran hueste de enanos para realizar tan increíble cometido, y sólo él

podría reunir a los distintos pueblos y movilizar una fuerza suficiente que nos permitiera alcanzar tal hazaña.

—Y no te olvides del mago. Sería importante que él estuviera a nuestro lado.

—No, no me olvido. Pero Gandalf es impredecible, siempre tiene asuntos importantes que atender entre manos. Tengo serias dudas de poder contar con su ayuda.

—Entonces me siento preocupado de veras —dijo Borin—. Aun reuniendo una gran fuerza, será complicado. Aquello debe ser un hervidero de orcos y trasgos y otras viles criaturas. Y luego está... aquello que nuestro pueblo teme. ¿Qué podemos hacer ante eso?

—No lo sé —dijo apesadumbrado Balin. Permaneció en silencio largo rato mientras pensaba y le daba vueltas al asunto. Al final añadió— De momento esperar hasta mi regreso a Erebor. Veremos que nos depara el futuro, pues cualquier pequeño detalle puede desencadenar grandes cambios.

—Estoy de acuerdo —agregó Borin.

Y así finalizó aquella reunión secreta entre los dos amigos.

Parte 3

El invierno pasó lentamente entre las rutinas diarias del asentamiento; como extraer materiales, clasificarlo, almacenarlo, trabajar en la fragua, darle forma, preparar la mercancía para comerciar, hacer inventario de suministros que se necesitaban; y con mucho frío pues ese invierno fue más intenso de lo normal y las nevadas fueron numerosas y muy copiosas; incluso tuvieron que despejar la entrada del refugio en más de una ocasión para evitar quedarse atrapados dentro. No se volvió a hablar del tema entre ellos en todo ese tiempo, y mientras Balin le dio muchas vueltas en su cabeza a todo el asunto. Quería abordarlo de forma adecuada, quería tomar la decisión correcta llegado el momento, y tarde o temprano ese momento llegaría.

Con el inicio del buen tiempo primaveral Balin decidió que era el momento de partir de vuelta hacia la Montaña Solitaria. El viaje era largo y quería además hacer alguna que otra parada en su camino de regreso. Así fue que una mañana clara, con escasas nubes en el cielo, una brisa fría aún en el ambiente, y todavía montones de nieve aglomerada en los lugares más ocultos, Balin decidió que se iría. Tenía preparadas desde hacía días sus escasas pertenencias y lo único que tuvo que pedir fue provisiones para los días siguientes, pues por la ruta en la que pensaba dirigirse podía adquirir lo necesario para continuar su travesía. Pero para su sorpresa descubrió que ese viaje no lo haría de vuelta solo.

—Amigo Borin, vengo a despedirme con tristeza en mi corazón, pues parto de vuelta a mi hogar y no sé si volveré a verte —dijo Balin. Ambos se encontraban junto a la entrada del refugio de piedra, y en ese momento aparecieron Úri y Kúri desde el

interior, y vio que había más enanos fuera, cargados con barriles y fardos en unas carretas, y parecía que Borin le esperaba.

—Amigo Balin, aún no es el momento de la despedida. Algunos nos dirigimos a comerciar con los hombres que hay un poco más al este de aquí, y hasta allí iremos juntos.

—Oh, no esperaba partir con compañía, aunque sólo fuera en parte del viaje.

—Y no sólo en parte. Hemos tenido una charla Úri, Kúri y yo anoche en privado. Mis muchachos me expresaron su deseo de conocer las tierras más al este de las nuestras, y sus ganas de ver el gran reino de Erebor, y aunque con pesar en mi corazón por la separación, doy mi beneplácito para su partida y que te acompañen en tal singular viaje, pues su deseo de viajar es grande y yo no puedo impedirselo. Además necesitarás ayuda, o al menos compañía, ¿no es así?

—¡Sin duda! —dijo Balin—. Es toda una sorpresa para mí recibir esta noticia, y os estoy muy agradecido a todos por tantas atenciones recibidas —e hizo una profunda reverencia en señal de agradecimiento.

—Sólo te pido que cuides de mis muchachos. Son fuertes y valientes, pero también jóvenes e inexpertos, y necesitan de alguien que les enseñe. Y llegará el día en que te des cuenta que será el momento de mandarlos de vuelta, y esperaré ese día con ansia, pues estoy seguro de que traerán nuevas que contarme.

—Así será —agregó Balin con una sonrisa.

Y partieron todos camino abajo hacia el pie de las montañas en dirección a las tierras del este. Iban Balin, Borin, Úri, Kúri y una decena más de enanos. Marchaban despacio, pues estaban cargados de productos para su comercio; llevaban toda clase de

herramientas de trabajo para carpintería y herrería, algunos utensilios para que los granjeros usaran en sus campos, y algunas armas y piezas de armaduras que en estos tiempos eran menos requeridos, pero siempre venía bien llevarlas puesto que a cambio podían conseguir bastantes provisiones o alguna cabeza de ganado.

Tras varias horas de viaje, el sol ya había atravesado su cenit y descendía llegando la tarde. Aún quedaban algunas horas de luz cuando el camino de Borin y su caravana mercante se separó de Balin y de sus muchachos. Fue una despedida triste para el capitán enano, pero Balin le prometió que los cuidaría y que volvería a verlos. Y así fue como los tres compañeros siguieron rumbo al este en solitario.

Atravesaron la Comarca y continuaron hacia Bree. Balin amenizaba el viaje con historias sobre el honorable Bilbo en la aventura vivida años atrás, y sus acompañantes escuchaban muy atentos todo lo que decía. Aun así el viaje era lento y cansado, pues iban a pie; tardaron varios días en llegar a la pequeña aldea. Una vez en Bree Balin consiguió unos ponis, por lo que la travesía se tornó más rápida y placentera. Siguieron el Viejo Camino y tras varias jornadas de marcha llegaron al Bosque de los Trolls. Nuevamente Balin volvió a deleitar a los jóvenes enanos contando la aventura vivida en aquellos bosques, sin dejarse ni un sólo detalle. Y así, poco a poco, llegaron a Rivendel un día lluvioso con el cielo totalmente encapotado.

Quiso la casualidad que Gandalf también se encontrara en Rivendel en aquellos días, por lo que Balin meditó la manera de hablar con el mago antes de partir. Mas Gandalf estaba siempre ocupado y el viejo enano no encontró un solo momento en el que pudiera hablar a solas con él. Descansaron durante varios días en la ciudad élfica y los hermanos enanos se maravillaron con aquel

lugar. Pero deseaban continuar su travesía pues su mayor deseo era llegar a Erebor, y pasada una semana Balin decidió que debían partir. Para su sorpresa resultó que Gandalf partiría con ellos y les acompañaría en parte de su viaje atravesando las Montañas Nubladas.

Se despidieron de Elrond una mañana despejada y clara, y marcharon hacia las montañas. Pensaban que el camino sería tedioso y difícil, a la vez que peligroso, pero tenían a Gandalf con ellos. El mago conocía todos los recovecos de aquellos lugares; sabía dónde podían parar y refugiarse, y dónde debían avanzar con celeridad para evitar que un mal cayera sobre ellos. Así que a los pocos días atravesaron el Paso Alto y unas jornadas después llegaron a un profundo valle del otro lado de las montañas en donde el sendero comenzó a descender hacia tierras más llanas. Entonces pudieron ver a lo lejos la masa verde y oscura que era el Bosque Negro.

Esa noche acamparon debajo de un saliente rocoso, que sobresalía de la ladera de las montañas, y que estaba rodeado de un pequeño bosque de pinos. No encendieron ningún fuego pues no querían llamar la atención estando tan cerca aún de las montañas. Así que se dispusieron a tomar un bocado y descansar mientras la luna se alzaba en el horizonte.

—Nos queda poco para salir definitivamente de las montañas. Después ya sólo resta avanzar hacia el Río Anduin y atravesar el Vado Viejo hacia el Bosque Negro —explicó Gandalf a los enanos—. Allí se separarán nuestros caminos.

—¿Cuánto tiempo nos llevará llegar allí, señor Gandalf? —preguntó Kúri.

—Calculo que dos o tres días hasta el Gran Río, y después un día más hasta el borde occidental del bosque —contestó Gandalf—. Será una travesía fácil.

—¿Son peligrosas estas tierras? —ahora era Úri el que preguntaba.

—Bueno... digamos que sí. Pero con cautela y precaución, y viajando a la luz del día no deberíamos tener problemas. Ni vosotros tampoco deberíais tenerlos cuando prosigáis vuestro camino.

Entonces Gandalf se percató de que Balin estaba muy callado aquella noche, sumido en sus pensamientos, y que apenas había probado bocado. Era evidente que algo le tenía preocupado.

—Balin, no has comido nada esta noche. Deberías tomar algo.

—Tienes razón, será mejor que cene algo antes de dormir —contestó Balin dubitativo.

—Mmm parece algo inquieto, algo te preocupa. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, Gandalf, algo me inquieta, aunque no sabía cómo decírtelo —dijo Balin.

En ese momento Kúri bostezó sonoramente y estiró los brazos, frotándose después los ojos.

—Yo me retiro a descansar. Aún nos queda viaje por delante y me noto cansado —y miró a su hermano esperando a ver qué decía.

—Yo aún no voy a acostarme, no tengo sueño —En ese momento Kúri le dio un ligero codazo a su hermano a la vez que

le hizo un breve gesto con la cabeza, con lo que Úri añadió—. Pero pensándolo bien... creo que también iré a dormir.

Y ambos enanos se acercaron a la pared rocosa y se echaron sobre sus mantas. Entonces Balin se dispuso a contarle a Gandalf todo aquello que le tenía intranquilo:

—Como bien sabes, en mi viaje a Ered Luin visité el asentamiento de mi viejo amigo Borin, y después visité la mayoría de las colonias de enanos de aquellas montañas, tanto al norte como al sur del Golfo de Lhûn. Incluso estuve en la antigua morada de Thorin. En todas ellas quisieron conocer la historia de la muerte de Smaug y la reconquista de Erebor.

—Algo muy lógico a mi parecer —intervino Gandalf—. Conocer tan heroica historia de mano de uno de sus protagonistas haría las delicias de tu gente.

—Sí, por supuesto... pero ocurrió algo más —matizó Balin.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el mago.

—Parece que el relato de la conquista de Erebor alegró el corazón de los enanos. Una llama de esperanza se instauró en ellos. Anhelan las viejas glorias del pasado, de la antigüedad.

—Mmm... entiendo —dijo Gandalf pensativo mientras se mesaba la barba.

—No, no lo entiendes Gandalf. Los enanos desean volver a los grandes palacios, volver a sus antiguos dominios.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gandalf con preocupación.

—Desean volver a Moria —Balin pudo ver la sorpresa en la cara de Gandalf—. Están esperando que alguien se ponga al frente

y organice un ejército que se atreva a entrar en Khazad-dûm y la reconquiste.

—Pero... Moria... ¿Cómo es eso posible? No sólo hay orcos y trasgos en las minas. ¿Acaso han olvidado el mal que allí perdura? ¿Acaso han olvidado el Daño de Durin? —Gandalf estaba realmente preocupado con lo que Balin le contaba.

—No, no lo han olvidado —dijo Balin—. Los orcos ya fueron derrotados en grandes guerras contra los enanos, por dos veces, pero piensan que si un dragón ha podido ser doblegado, entonces también se puede doblegar al Daño de Durin.

—Eso sería una gran hazaña sin duda. Se requiere mucho valor y coraje para enfrentarse a... lo desconocido, y añadiría que también una gran dosis de suerte. Es una tarea harto complicada. No creo que ahora mismo los enanos estéis a la altura de tal cometido —Gandalf permaneció en silencio unos instantes mientras miraba a su compañero fijamente—. Dime Balin, ¿tú qué opinas?

—Yo... pienso que si tú nos ayudarás... tal vez podríamos conseguirlo —Balin habló con palabras sinceras a Gandalf—. Thorin emprendió una misión casi suicida, bien lo sabes. Apenas éramos trece enanos y un hobbit. Pero el azar, o el destino, quiso que se desencadenaran una serie de acontecimientos y que Smaug acabara muerto, y así ocurrió.

—Y crees que si os ayudo en tal aventura el destino os llevaría a correr la misma suerte, ¿no es así?

—Mi pueblo lo cree —dijo Balin, y mirando a los jóvenes hermanos enanos, que parecían dormir plácidamente, añadió—. Y yo también lo creo.

—¿Y Dáin? Aún no has hablado con él, ¿cierto?

—Cierto. Aún no sabe nada. Cuando llegue a Erebor hablaré con él. Creo que sería el líder que necesitamos para realizar una misión de tal envergadura. Ha sido un buen Rey en Erebor, y sería un gran Rey en Khazad-dûm.

—Dáin no querrá embarcarse en tal aventura. Ya tuvo la ocasión una vez y se negó —dijo Gandalf.

—Pero si le digo que Gandalf nos ayudará... si le digo que tú estarías dispuesto a luchar a nuestro lado... seguro que cambiaría de idea, seguro que accede a movilizar a nuestro pueblo para tan magnífica empresa —dijo Balin entusiasmado con la idea.

—Balin... —Gandalf meditó lo que iba a decir. Pensó durante un rato, y entonces decidió ganar algo de tiempo antes de tomar una decisión—. Deja que reflexione sobre este tema. Te daré una respuesta antes de separarnos en este viaje.

Y así pasó esa noche, entre el sueño por el cansancio del viaje y la cautela de estar solos los cuatro en tierras peligrosas, atentos siempre a cualquier sonido extraño en la oscuridad.

Continuaron hacia el este al día siguiente, y no tuvieron problemas en avanzar rápido. Salieron del bosque de pinos y abandonaron la ladera de las montañas, y siguieron el sendero en dirección hacia el Río Grande. El calor apretaba, pues el verano iba pasando poco a poco, así que desearon llegar cuanto antes al río y eso les llevó a caminar hasta bien entrada la noche ese día. A la tarde del día siguiente llegaron al Viejo Vado. Allí se refrescaron y pudieron llenar los odres de agua, y en un lugar alejado del río pero cercano al mismo, acamparon y descansaron. Pasaron una calurosa noche a la luz de la luna y las estrellas, y al amanecer se pusieron en marcha otra vez.

Llegaron a los límites del bosque cuando ya caía el sol y la oscuridad se cernía sobre ellos rápidamente. Acamparon junto a unos altos árboles y se arriesgaron a encender un fuego; estaban lo bastante lejos de las montañas como para no tener problemas por encenderlo, y así pudieron asar un poco de carne esa noche para la cena.

—Esta noche cenaremos bien, pues es la última que pasaremos junto a Gandalf —Balin era el que preparaba la carne junto al fuego—. Además nos vendrá bien a todos una buena cena que nos reconforte para lo que nos queda de viaje.

—Gracias Balin. Sin duda alguna me reconfortará tan espléndida cena, pues el camino que aún me queda es largo —dijo Gandalf agradeciendo el detalle de Balin.

—Y ese lugar al que va... ¿dónde es? ¿tan lejos queda? —preguntó Úri.

—Bastante diría yo. Me dirijo a la tierra de los hombres. Tierras muy lejanas que se encuentran al sur y al este. Aún me tomará muchos días el llegar allí —explicó Gandalf a los enanos mientras encendía su pipa de fumar.

—Estos jóvenes siempre haciendo tantas preguntas. Las obligaciones del señor Gandalf son siempre importantes, y si tan lejos va seguro que es por una buena razón. ¿No es así, Gandalf? —dijo Balin mostrando también curiosidad por tan largo viaje.

—¡Oh, sí, así es! Mmm... Pero cambiemos de tema. He meditado profundamente vuestro asunto... y no hace falta que esta vez os vayáis tan pronto a dormir, jóvenes amigos —dijo Gandalf mientras sonreía a los hermanos. Dejó pasar unos momentos de silencio antes de continuar hablando seriamente—. Vuestro

cometido parece ser muy importante para vosotros, y no debería ser relevante el que alguien como yo participe o no.

—Es, sin duda, muy importante para mi pueblo. Khazad-dûm fue nuestra primera morada, y la más importante. Pero nos fue arrebatada por esas sucias bestias —una cara de pena apareció en el rostro de Balin mientras hablaba—. No debería ser así...

Hubo un silencio mientras la última frase de Balin se quedó en el aire, hasta que Gandalf, entendiendo perfectamente el sentimiento de los enanos, continuó hablando.

—Y no debería serlo. La estirpe de Durin siempre gobernó las minas de Moria hasta que los enanos fueron expulsados de allí. Debería ser el pueblo de Durin el que recupere su control, haya o no influencia de alguien que no sea de la raza enana en tal hecho.

—¿Eso quiere decir que usted no participaría en caso de que se organice tal expedición? —preguntó Kúri a Gandalf.

—No interrumpas, muchacho. Dejemos que Gandalf acabe de hablar. Explícate, por favor —dijo Balin evitando que cualquier otra pregunta fuera hecha.

—Digo que es un asunto exclusivo de los enanos, en el que participaría gustosamente si el tiempo y mis pasos allí me llevaran. Pero no os puedo dar una respuesta concreta, no es un sí y tampoco es un no, es más bien un tal vez.

—¿Eso qué quiere decir, viejo amigo? —quiso saber Balin.

—Quiere decir que si puedo participar, directa o indirectamente, lo haré. Tal vez no esté presente llegado el momento, pero haré todo lo que esté en mi mano para favorecer

vuestra misión. Está en vuestra mano decidir vuestro futuro, no esperéis que lo decidan otros por vosotros.

Balin meditó por un momento las palabras de Gandalf. Sin duda tenía razón en lo referente al dominio de Moria. Los descendientes de Durin deberían hacer frente al reto de reconquistarla, o esperar a que tiempos mejores llegaran y se dieran las circunstancias para que tal hecho ocurriera. Finalmente dijo:

—Creo que tienes razón, Gandalf. Debería ser mi pueblo el que llevara a cabo tal cometido. Yo también pienso que es un asunto exclusivo nuestro. Hablaré con Dáin, y seremos los enanos los que decidiremos el futuro de los enanos —Balin hablaba de manera decidida. Y añadió mostrando una ligera sonrisa en la cara— Pero ojalá tú estuvieras a nuestro lado.

—Quién sabe, viejo amigo, quién sabe...

Al día siguiente se despertaron temprano, cuando la claridad del amanecer comenzaba a iluminar el cielo despejado y sin nubes a la vista. Los cuatro compañeros tomaron un ligero desayuno y se dispusieron para la marcha. Era un día triste para ellos, pues debían separarse y cada uno seguir su camino.

—Llegó el momento. Mi viaje me separa de vosotros, pero no dudéis que estaré siempre atento a nuevas que me traiga el viento que me digan que ocurre con el pueblo enano.

—Gracias, Gandalf. Esperamos que tenga un buen viaje hacia esas tierras lejanas, y ojalá que volvamos a vernos —dijo Balin expresando su deseo con la esperanza de que sus palabras fueran ciertas y se cumplieran.

—Ojalá nuestros caminos vuelvan a cruzarse —añadió Gandalf con una amable sonrisa al viejo enano. Él también

esperaba que ese deseo se cumpliera. Luego añadió— ¡Y sed precavidos en vuestro viaje! Id siempre por la linde del bosque, los árboles os mantendrán ocultos y os darán cobijo en caso de necesitarlo. ¡Adiós, hasta más ver!

—¡Adiós Gandalf! Hasta nuestro próximo encuentro.

Y el mago dio media vuelta y se alejó rápidamente hacia el sur. Los tres enanos se despidieron de él y vieron como se giraba un momento para mirar atrás y saludarles con la mano desde la lejanía. Ellos hicieron un último gesto de despedida e iniciaron después su camino hacia el norte. No volvieron a ver nunca más al mago, pero en su corazón sentían que velaba por ellos, Balin sentía esa seguridad en su interior, y desde ese momento confió en su suerte más que en toda su vida.

Parte 4

Gandalf había partido hacia el sur y Balin no deseaba atravesar el Bosque Negro, le traía malos recuerdos, por lo que decidió encaminarse hacia el norte. Los enanos avanzaron fácilmente por entre los árboles cercanos al bosque, refugiándose en sus sombras y sin temor a ningún peligro. Mientras no se internaran en él o mientras no fueran a cielo abierto no tenían nada por lo que preocuparse. Así pues su viaje fue relajado y tranquilo. Fueron hacia el norte y tras varios días viraron hacia el este, dejando al norte Ered Mithrin, las Montañas Grises. Marchaban con cuidado mas no encontraron nada extraño ni peligroso en aquellas tierras. El trayecto se les estaba haciendo pesado y a cada paso que daban aumentaba su deseo de llegar por fin a su destino. Cuando los árboles del bosque se retiraron hacia el sur ellos tomaron en dirección sureste y a lo lejos vieron la imponente elevación que era la Montaña Solitaria. Apretaron el paso al verla y pocos días más tarde habían conseguido llegar al final, por fin habían llegado a Erebor.

Se aproximaron a su entrada y admiraron el alto umbral de piedra, majestuoso, con esculturas de reyes enanos talladas a los lados. Había grandes ventanales que permitían que la luz entrase en el Hall, y las amplias fortificaciones acababan en largos balcones donde se distinguían guardias. Y bajo el umbral corría un río que venía desde el interior de la montaña y fluía hacia el valle.

Entraron y saludaron a los guardias. Todos parecían entusiasmados pues Balin por fin estaba de vuelta otra vez en Erebor. Después marcharon a sus habitaciones; se acomodaron, descansaron y se cambiaron las ropas de viaje por otras más

adecuadas. Pasado un rato Balin y sus dos compañeros se adentraron en la montaña por grandes pasillos y largas escaleras, y se dirigieron a la Sala del Trono, pues deseaban ver al Rey Dáin Pie de Hierro cuanto antes.

Primero entró Balin, y fue seguido por Úri y Kúri. Se encontraron en un salón amplio y muy alto. No había columnas ni pilares, pero sí vieron varias estatuas alineadas a los lados, estatuas de reyes del pasado. Y al fondo estaba el trono donde el Rey aguardaba. Dáin era casi tan mayor como Balin, y su larga barba entrelazada también era ya blanca por el paso del tiempo. Tenía un cinturón de oro con piedras preciosas incrustadas, una cadena de plata y diamantes le colgaba del cuello, y en su mano lucía varios anillos de oro y plata. A su lado estaba un joven enano muy parecido a él, con barba negra, cinturón de plata y una cadena de oro al cuello. Era su hijo Thorin Yelmo de Piedra.

Cuando Balin y sus acompañantes se acercaban al trono, Dáin se levantó y fue el primero en hablar.

—¡Amigo Balin, bienvenido seas! ¡Me alegro de tenerte de nuevo entre nosotros! —y el Rey Dáin abrazó a Balin, pues le tenía en muy alta estima.

—Yo también me alegro de estar de vuelta, Rey Dáin —y Balin hizo una profunda reverencia en señal de respeto. Y después hizo otra reverencia a su hijo añadiendo—. Joven Thorin, me alegro de verte. Tienes el mismo porte que tu padre.

—¡Gracias Balin! Bienvenidos seáis —dijo Thorin haciendo también una reverencia.

—¿Recuerdas a Borin, de Ered Luin? —dijo Balin dirigiéndose nuevamente a Dáin—. Éstos son sus hijos, Úri y

Kúri. Me han ayudado en el viaje y estarán en Erebor por muchos años, espero.

—Úri, Kúri, hijos de Borin de Ered Luin, bienvenidos seáis. Espero que vuestra estancia en la Montaña Solitaria sea de vuestro agrado —dijo Dáin dirigiéndose hacia los hermanos y mostrando una cortés y amable sonrisa como bienvenida.

—Será un honor para nosotros vivir en el Reino de Dáin Pie de Hierro, Rey bajo la Montaña —dijo educadamente Kúri realizando una profunda reverencia y su hermano le imitó en el saludo al Rey y a su hijo.

—Balin, tienes que contarme todo de tu viaje. Seguro que serán muchas las noticias que me traes de estos años en las montañas del oeste. Pero venid, seguidme, nos sentaremos y charlaremos largo rato.

Dáin los condujo a una sala adyacente que servía al Rey para reuniones, charlas y encuentros. Era una habitación sin adornos, con el único mobiliario de una mesa grande y varias sillas de madera, un mueble con jarras y platos, y un par de barriles en el suelo. Se sentaron alrededor de la mesa y el joven Thorin dispuso varias de las jarras sobre la mesa en las que sirvió espumosa cerveza.

—Cuéntame, Balin, ¿cómo está el viejo Borin?

—Se encuentra muy bien. Tiene una vida tranquila y cómoda. Su pequeña ciudad es humilde, pero fructífera. Se trabaja bien y la relación con otros pueblos es estable.

—Ered Luin sigue tranquila en estos días, ¿no es así? —volvió a preguntar Dáin a Balin.

—Sí, así es. La verdad que demasiado. Nuestro pueblo se centra en el trabajo en las minas y en el comercio puesto que no hay peligros acechando. Los caminos también se han vuelto seguros y transitables. Muchos enanos viajan hacia el este, hasta Bree o más lejos, buscando otros lugares en los que permanecer.

—Efectivamente, hasta aquí llegan viajeros de cuando en cuando, a veces de visita a viejos parientes, otras buscando establecerse en el Reino de la Montaña. El caso es que vamos creciendo en número poco a poco, y creo que esa tendencia se va a mantener los próximos años venideros —Dáin comentaba un hecho que llevaba produciéndose durante más de una década. Y ciertamente se prolongaría en el tiempo durante varias décadas más—. ¿Visitaste el antigua morada de Thorin Escudo de Roble?

—Oh, sí. Permanece igual que la última vez que la vi. La gente es trabajadora y los salones se mantienen en perfecto estado. Es un lugar que me trae muchos recuerdos. De buena gana hubiera permanecido allí más tiempo... pero sin Thorin... —y se produjo un silencio sobrecogedor en la sala durante unos instantes.

—Si no es por Thorin Escudo de Roble ahora mismo no estaríamos aquí. Así que brindemos por el Gran Thorin una vez más. ¡Por Thorin! —Dáin habló y brindó a la memoria del héroe caído, y todos los demás brindaron también. Entonces Dáin cambió de tema—. Yo también te necesito aquí, Balin. Espero contar ahora con tu ayuda a mi lado.

—Por supuesto Rey Dáin, cuenta con ella —respondió Balin. Sabía que llevar todo el peso de las decisiones sobre Erebor y su gente era complicado a veces. Un Rey siempre necesitaba alguien en quien apoyarse y que le aconsejaran. Balin lo hizo con Thorin, y también con Dáin hasta que partió en su viaje, pero

ahora que se encontraba de vuelta seguiría haciendo todo lo que estuviera en su mano por ayudarle nuevamente—. Y los trabajos, ¿cómo van?

—Bien, Balin, está todo casi terminado ya. Las grandes obras de Erebor están concluidas ya, apenas quedan pequeños detalles. Al igual que en Valle y Esgaroth, levantadas y reconstruidas nuevamente. La vida vuelve a la normalidad, como antaño era.

—¡Estupendo! Me da mucha alegría ver que todo marcha bien en Erebor, Valle y Ciudad del Lago. Bardo y tú estaréis orgullosos sin duda... ah, tengo ganas de ver al Rey Bardo. Iré a verle cuando pueda a Valle, y así podré ver en persona los trabajos allí realizados.

—Puedes ir cuando quieras, pero si deseas ver al Rey Bardo lo mejor es preparar un banquete de bienvenida por tu vuelta a la Montaña —dijo Dáin con alegría, y se decidió a que prepararan todo cuanto antes—. Thorin, ¿podrías ir a Valle y llevarle un mensaje a Bardo? Dile que le invitamos a una fiesta por el regreso de Balin, mañana al medio día.

—Por supuesto, padre. Parto ahora mismo —respondió Thorin.

—Rey Dáin, perdone mi atrevimiento, pero ¿podría acompañar a Thorin a la Ciudad de Valle? —preguntó Úri y se sonrojó al momento.

—¡Claro que puedes! Ve con él. Kúri puedes ir tú también si lo deseas. De ese modo podréis conocer la Ciudad de Valle.

—Seguro que estos tres jóvenes juntos se llevarán bien. Son la nueva generación, y nosotros ya unos viejos —y Balin rió junto a Dáin que también rió.

Thorin, Úri y Kúri hicieron una respetuosa reverencia al marcharse de la estancia, y partieron a cumplir la petición del Rey. Balin permaneció en compañía de Dáin, y creyó que aquel era buen momento para hablar de asuntos más importantes.

—Dáin, me gustaría comentarte cierta cuestión de importancia —expresó Balin seriamente—. Es algo que tal vez, de momento, no debería salir de estos cuatro muros que nos rodean.

—¿Y cuál será ese asunto que tan serio te tiene en estos momentos? —las palabras de Balin despertaron la curiosidad en Dáin. Se mesaba la barba y miraba a su compañero intentando adivinar por sus gestos qué era lo que ocurría.

—Es algo que me aconteció allá en las Montañas Azules —comenzó a relatar Balin—. Estando con Borin y sus hijos se planteó una cuestión intrigante y peligrosa. Era una cuestión referida al pasado, pero que parece que se está volviendo muy presente. El renacer de una vieja esperanza que siempre ha permanecido en el fondo de nuestros corazones, de los corazones del pueblo enano. Un anhelo que se está haciendo realidad.

—Lo último que anhelaba el pueblo enano era recuperar el reino perdido de Erebor, y eso ya ha ocurrido. No veo a qué te refieres, Balin —Dáin se sentía muy intrigado, pero a la vez muy confuso. Siguió escuchando a Balin con curiosidad.

—Al principio pensé que sería sólo el deseo de unos cuantos, de un pequeño grupo, que habían hablado entre ellos y quisieron expresarlo en voz alta. Pero visité varias minas por todo Ered Luin y la cuestión se planteó una y otra vez. Erebor fue sólo el principio. Erebor despertó las ganas de resurgir de nuestro pueblo, y al recuperar el reino perdido la noticia corrió por entre las montañas como el aire entre los árboles. Y los corazones

miraron hacia el pasado y encontraron un viejo sueño. Algo que podría dar con el resurgir del poder enano sobre la Tierra Media.

—Balin, mucho del poder de nuestro pueblo ha sido recuperado, pero hay otro que jamás podrá volver. Muchos de los secretos de nuestros padres se han perdido, u olvidado, mas otros continúan entre nosotros. Nuestras construcciones incluso superan las de los viejos tiempos, y en minería hacemos una excelente labor. Si nuestras minas fueran más ricas superaríamos cualquier tesoro pasado —Dáin observaba a Balin, y creía entender que es lo que su amigo quería decirle. Sospechaba sobre el origen de esa nostalgia de la que hablaba y decidió continuar—. Pero es cierto que en metalurgia no hemos recuperado nuestro esplendor. Nuestras hojas y cotas son buenas, sí, pero no se pueden comparar con las que se hacían antes de la venida del dragón; y mucho menos con las que se fabricaban en edades pasadas. El mithril tiene mucho que ver en esto. Ese precioso metal, tan liviano como valioso, tan maleable como resistente, nos otorgaba gran parte de nuestro poder. Y sólo hay un lugar en la Tierra Media donde ahora mismo podría encontrarse... y sin embargo no podemos ir a buscarlo —Dáin suspiró al acabar las últimas palabras y Balin pensó que era el momento de aclarar todo.

—Dáin, creo que no has entendido de lo que hablaba. Tienes razón en todo lo que has dicho, pero ese anhelo va más allá y todo está relacionado con el mismo fin. Nuestro pueblo tiene nostalgia de nuestros antiguos hogares, y desean recuperar el que aún está en pie —Balin observó cómo le cambiaba el semblante a su amigo. Su cara se tornaba seria y fría, mas continuó hablando—. Khazad-dûm está en los sueños de los enanos, y desean ver que se vuelven realidad... quieren recuperar el antiguo hogar... —el Rey tenía la mirada perdida, y Balin no sabía qué pensar. Insistió en la idea—. Dáin, nuestro pueblo quiere luchar por Moria, quieren

volver a los antiguos palacios, recuperar los viejos tesoros, trabajar en la Gran Mina. ¡Desean conquistar Khazad-dûm y vivir allí otra vez!

—Balin —dijo Dáin con tono pausado y sombrío—. Mucho tiempo ha pasado desde los años de la Guerra contra los Orcos; más de ciento cincuenta años desde aquella dolorosa victoria. Entonces no entramos en Moria, aunque había algunos que lo deseaban. ¿Por qué habríamos de hacerlo ahora? —Dáin se puso en pie y comenzó a caminar lentamente por la sala, pensativo, en silencio. Balin le observaba esperando a que siguiera hablando. Tras un rato retomó el habla—. Aún recuerdo las palabras que le dije a Thráin en Azanulbizar:

"Tú eres el padre de nuestro Pueblo, y hemos sangrado por ti, y sangraríamos otra vez. Pero no entraremos en Khazad-dûm. Tú no entrarás en Khazad-dûm. Sólo yo he mirado a través de la sombra de las Puertas. Más allá de la sombra te espera el Daño de Durin. El mundo ha de cambiar y algún otro poder que no es el nuestro ha de acudir antes que el Pueblo de Durin llegue a entrar en Moria otra vez."

(El Señor de los Anillos - Apéndices - J.R.R.Tolkien

Ediciones Minotauro - 2001)

—Y eso aún no ha ocurrido —concluyó Dáin.

—¿Y si hubiera otro poder? ¿Y si encontráramos un poder que nos ayudara en esta difícil cuestión?

—¿Un poder dices? ¿Qué poder, Balin? Dices que nuestro pueblo tiene el deseo nuevamente de volver a Moria, sin embargo ese deseo yo nunca lo perdí. A mí también me hubiera gustado

entrar en Moria en aquella ocasión, mas no era el momento, y desde entonces sigo esperando a que algo ocurra que nos diga que ese momento ha llegado.

—Me refiero al Anillo de Thrór —intentó continuar Balin explicando los hechos al Rey Dáin—. Cuando asesinaron a Thrór su Anillo fue robado por Azog y ...

—¡Yo maté a Azog! —interrumpió Dáin apoyándose sobre la mesa con ambas manos y mirando fijamente a Balin—. Yo maté a Azog y nada en él se encontró.

—Lo sé —continuó Balin hablando con tranquilidad—, y es por eso que creo que ese Anillo aún sigue perdido en Moria, o en la mano de alguna bestia asquerosa recorriendo los pasillos de nuestros padres.

—¿Y qué propones, Balin? —dijo Dáin irguiéndose nuevamente—. ¿Organizar una expedición que se adentre en Moria y busque el Anillo? Sería una locura. Después de tantos años las minas estarán infestadas de orcos y trasgos otra vez. Además, el hallazgo del mismo no supondría garantía ninguna de triunfo. Desconocemos el poder de ese Anillo —y cruzó los brazos a la espera de una respuesta.

—Cierto. Tendría que ser una expedición muy numerosa. Y no sabemos si el Anillo nos ayudaría en esta causa.

—Balin —continuó hablando Dáin con tranquilidad—, mi sitio está aquí y debo permanecer en él, tal vez para siempre. Erebor es real, estamos aquí y debemos vivirlo, debemos sentirlo. Siempre hemos pertenecido a Erebor, es nuestro hogar. Moria es sólo un sueño. Allí vivieron nuestros padres, pero ese reino se perdió. Y sé que algún día será recuperado, estoy seguro, mas ese tiempo aún está por llegar.

—Pero los rumores sobre Khazad-dûm son cada vez más numerosos, y no podemos desoír las voces de nuestro pueblo.

—No debemos, Balin —corrigió Dáin—. Pero hay que ser muy cautos y precavidos con lo que se desea, y más en temas tan importantes como este —se produjo entonces un silencio, a la vez que la cara del Rey se tornaba pálida—. Y luego está el Daño de Durin. Los enanos no tenemos ni el número ni el poder para enfrentarnos a tal rival —Balin agachó la cabeza ante tal afirmación, tal vez sabedor de que Dáin tenía razón—. Yo sentí el verdadero miedo una vez, frente a las puertas de Moria. No quiero volver a sentirlo. Lo siento, Balin. No prestaré atención a lo que parece sólo un rumor lejano.

La sala permaneció en silencio durante un rato, cada uno sumido en sus pensamientos. Balin se miraba las manos sobre la mesa de madera mientras que Dáin se mesaba la barba con los brazos cruzados y miraba al suelo.

—¿Sabes? Gandalf tenía razón —habló Balin nuevamente.

—¿Gandalf? ¿Qué tiene que ver Gandalf con todo esto? —preguntó Dáin con suma curiosidad, pero también con total sorpresa, pues no esperaba escuchar el nombre de Gandalf en todo este asunto.

—Hablé con él antes de separarnos en los límites del Bosque Negro. Me dijo que Moria es un asunto exclusivo de los enanos y que somos nosotros los que debemos decidir el futuro de nuestro pueblo. Yo te sigo a ti, y por lo tanto debo aceptar tus decisiones. Eres descendiente de Durin, y Rey bajo la Montaña, y por lo tanto debo seguirte igual que seguí a Thorin Escudo de Roble una vez —Balin se levantó de su asiento y se dirigió a Dáin. Le tomó la mano y añadió—. Tú nos guías y acepto seguirte como buen líder que has sido y eres. Por lo tanto acato tu decisión

—e hizo una profunda reverencia en señal de respeto hacia su Rey—. Pero me gustaría hacerte una petición.

—¿Qué será, amigo Balin? —preguntó Dáin con curiosidad y una sonrisa nerviosa en la cara.

—Si un día este asunto se torna tan serio e importante, si un día las voces de nuestro pueblo se alzan en un deseo irremediable desde el fondo de su corazón... entonces las escucharás, y volveremos a replantear la cuestión. Al fin y al cabo nada es eterno y las cosas siempre pueden cambiar —acabó diciendo Balin con una sonrisa amable en la cara.

—De acuerdo, Balin. Si llega ese momento volveremos a hablar sobre este tema, y veremos qué hacer —dijo Dáin dándole un apretón de manos a Balin. Después hizo un largo y profundo suspiro y continuó hablando—. Pero... hay algo que aún no sabes, que nadie sabe.

Balin observaba a Dáin, preguntándose qué más había que hablar sobre aquel tema. Creía que ya estaba todo dicho pero parecía ser que no era así.

—Hace doce años —comenzó Dáin a relatar—, justo antes de la partida de Bilbo, Gandalf habló conmigo con palabras enigmáticas —la nueva mención de Gandalf hizo que la expresión de Balin cambiara de curiosidad a sorpresa. Esta vez el sorprendido de verdad era él—. Me dijo:

"Dáin, ahora te toca a ti ser Rey bajo la Montaña. Sé un Rey sabio y justo, y tu Pueblo estará a tu lado. Mas algo te diré, nunca abandones Erebor, pues presiento que debes permanecer en él; porque llegado el momento tu Pueblo te necesitará y deberás estar ahí para guiarlo."

—Y eso he hecho desde entonces, y por eso no me planteo nada más allá de la Montaña Solitaria —dijo Dáin mirando a Balin a los ojos.

—Ya entiendo. Por eso Gandalf quería que hablara contigo y que fuéramos los enanos los que decidiéramos nuestro futuro — señaló Balin recordando las palabras del mago.

—Tal vez sea así, Balin.

—Pero él sabía que tú te negarías —dijo confuso—. No lo entiendo.

—Quizás a Gandalf tampoco le gusta la idea de que el pueblo enano piense en recuperar Khazad-dûm —dijo encogiéndose de hombros—. O tal vez sabe algo que nosotros no sabemos. Gandalf es así, siempre enigmático. Pero es muy sabio y sabe de lo que habla. Olvídalo Balin, no le demos más vueltas a este asunto —concluyó Dáin.

—Está bien. Lo olvidaré, por ahora —dijo Balin con resignación, aunque no quería desechar la idea por completo de su mente—. El futuro nos guiará en nuestros pasos.

—Así es, viejo amigo. Ven, vayamos arriba y comamos algo. Deben estar todos ya reunidos en los salones —dijo Dáin con una sincera sonrisa en su cara y palmeando la espalda de Balin, tratando de animar al viejo enano.

Fueron al salón y se unieron al resto de enanos, y comieron y bebieron mientras charlaban tranquilamente. Balin apartó sus preocupaciones de su mente y disfrutó de la compañía. Desde aquel día se dedicaría a ayudar a Dáin con los asuntos de Erebor, que eran muchos y variados. El paso del tiempo le diría si debía retomar aquella cuestión nuevamente. Así que decidió, como le había dicho al Rey Dáin, olvidarlo... por el momento.

Parte 5

Treinta y cinco años después el número de habitantes de Erebor había crecido considerablemente. Miles de enanos moraban ya allí y los trabajos eran intensos. Muchos de los llegados venían de las montañas del oeste, de Ered Luin, y otros provenían del este, de las Colinas de Hierro. Los rumores sobre Moria se habían ido extendiendo con el paso del tiempo y habían llegado incluso a los lugares más apartados. La nostalgia cubría el corazón de los enanos y con esa idea llegaban muchos de ellos a Erebor, creían que tarde o temprano se acabaría organizando una expedición hacia el antiguo hogar. Mas Dáin no había cambiado de opinión en todo ese tiempo, en parte porque así lo creía y en parte porque se sentía en la obligación de permanecer en la Montaña. Sin embargo Balin no pudo soportarlo y finalmente se contagió del entusiasmo de su pueblo, de aquellos que deseaban volver a los antiguos palacios y luchar por lo que les pertenecía.

El viejo enano se volvió a reunir otra vez con Dáin aun sabiendo que el Rey se negaría a moverse de Erebor, pero esta vez la conversación fue muy distinta a la mantenida muchos años atrás.

—Sé a lo que has venido, Balin —murmuró Dáin sentado a la misma mesa y en la misma habitación donde había tenido lugar la anterior charla.

—Supongo que era inevitable volver al mismo punto en que lo dejamos la otra vez. Mucho tiempo ha pasado desde entonces.

—Así es, y mi posición sabes que sigue siendo la misma. El paso de los años no me ha hecho cambiar de opinión —dijo el Rey de forma tranquila pero directa.

—Lo sé, Dáin, imaginaba que así sería. Recuerdo tus razones para permanecer en el Reino de Erebor. Y es por eso que he meditado mucho sobre este asunto. Muchos son los enanos que se han movilizado hasta aquí en los últimos años, y otros muchos lo seguirán haciendo... —trató de explicar Balin.

—Y aun así mi decisión será siempre la misma — interrumpió Dáin—. No puedo abandonar Erebor, me lo dicta la mente y me lo dicta el corazón —expresó de forma sincera, mirando a los ojos a su viejo amigo.

Balin esbozó entonces una sonrisa amable, apoyó los brazos sobre la mesa y entrelazó los dedos, buscando seguridad en lo que iba a decir a continuación.

—Mi querido Rey Dáin, no vengo a pedirte que cambies de parecer con respecto al tema de Moria, vengo a comunicarte una importante decisión que he tomado, trascendental para todos nosotros y para todo nuestro pueblo.

—¿Qué será? Dime Balin —dijo Dáin mostrándose muy inquieto y ansioso ante la posible respuesta.

—He decidido ser yo el que organice la expedición a Khazad-dûm —respondió tranquilamente.

—¿Cómo? ¿Tú? No, no puede ser, ¡me niego! —Dáin se alteró al oír lo que había dicho Balin. Se levantó de la silla y comenzó a pasear visiblemente nervioso por la sala—. ¡Me niego a que cometas tal locura! No lo permitiré, no puedo dar mi aprobación a esto.

—Sabía que no lo aprobarías —dijo Balin de forma serena—, pero te diré algo. Son muchos los que piensan como yo. Están esperando que alguien se atreva a organizar este desafío, y tarde o temprano alguien iba a hacerlo.

—Pero no es una mera incursión contra una banda de orcos apestosos. ¡Estamos hablando de Khazad-dûm! ¡Las Minas de Moria! ¿Cómo es posible que se te ocurra algo así, Balin? —Dáin expresaba en sus palabras sentimientos encontrados entre la furia, el miedo y la confusión.

—Porque he visto la luz de la esperanza, la esperanza de nuestro pueblo, y porque realmente creo que podemos conseguirlo —dijo Balin mirando firmemente a Dáin.

—Y cuando os encontréis con el Daño de Durin... ¿has pensado lo que harás? ¡Os matará a todos! —tronó el Rey—. ¡Será vuestro fin!

—Moria es muy grande. Nos las ingeniaremos para escapar de él y aislarle —dijo Balin con tranquilidad, mostrando confianza en sus palabras—. Encontraremos la manera de derrotarle, estoy seguro.

—Pfff —Dáin hizo un sonido de incredulidad—, necios. Jamás podréis contra él.

—El Anillo de Thrór nos ayudará a...

—¿El Anillo? —interrumpió Dáin—. Pero si no sabemos cuáles pueden ser sus poderes... ni siquiera sabemos si se encuentra en Moria.

—¿Y dónde si no iba a estar? Está allí, seguro, tiene que estar. Sólo hay que encontrarlo —concluyó Balin autoconvenciéndose de que eso era verdad.

—Es una locura, Balin, y lo sabes. Te basas en la esperanza de nuestro pueblo, en la fe por encontrar una reliquia perdida y en la absurda idea de poder derrotar a lo desconocido. ¡Has perdido

el juicio! No voy a permitir que sigas adelante con tu plan —sentenció Dáin.

—Te hablo ahora como amigo —dijo pausadamente Balin—. Con o sin tu aprobación voy a organizar esta expedición a Moria —se levantó de su asiento y continuó hablando decididamente mientras miraba a su viejo amigo—. Partiremos y lucharemos hasta que conquistemos la Mina o... hasta que caigamos derrotados. Y muchos serán los que me acompañarán. Es un hecho, Dáin, y debes aceptarlo.

Dáin caminaba de un lado a otro sin parar, con los brazos hacia atrás en la espalda y mirando al suelo mientras escuchaba a Balin. Cuando su amigo paró de hablar se detuvo frente a su compañero, se cruzó de brazos y le miró a los ojos.

—Dime Balin, ¿quiénes son los que te acompañarán? —consiguió serenarse un poco para poder formular la pregunta con claridad.

—Óin y Ori han accedido a acompañarme en tal aventura —respondió el viejo enano volviendo a sentarse en su silla.

—¿Óin y Ori? ¿Y quién más? —Dáin se puso tenso de nuevo y volvió a pasear por la estancia incansablemente—. ¿Dwalin? ¿Glóin? ¿La antigua Compañía de Thorin Escudo de Roble? No pensaréis ni por un segundo que se repetirá de nuevo la historia, ¿verdad? —parecía incluso furioso con su viejo amigo—. ¿Iréis solos los diez?

—No Dáin, por supuesto que no —Balin dejó transcurrir unos momentos de silencio para que Dáin se calmase y después prosiguió hablando—. De la vieja compañía sólo Óin y Ori me acompañarán. Flói y Frár me han expresado su deseo de venir, y

también Lóni y Náli están dispuestos a unirse a nuestra causa. Además hay muchos enanos que estoy seguro que nos seguirán.

—¿Muchos? ¿Cuántos crees que podéis reunir? —preguntó Dáin mostrándose incrédulo.

—Ya contamos con un gran contingente aquí mismo en Erebor. Bien sabes que muchos de los que llegan actualmente a la Montaña vienen con esa idea. De las Montañas Azules estoy seguro de que Borin se unirá a sus hijos Úri y Kúri, y traerá un buen número de guerreros de allá. Y haré una visita a las Colinas de Hierro y reclutaré a cuantos enanos quieran acompañarme a recuperar nuestro antiguo hogar.

—¡Pero es una imprudencia! ¡Un disparate! —Dáin empezaba a temer por todo aquello de lo que hablaban—. Balin, ahora te pido yo como amigo, que reconsideres tu postura y que no partáis hacia Moria, no vayáis a la vieja morada.

—Ya está decidido... no hay vuelta atrás —dijo Balin con un ligero pesar en sus palabras, agachando la cabeza—. Aunque me gustaría contar con tu aprobación antes de partir. Eso tranquilizaría mi viejo corazón.

Dáin paseaba ahora más sosegado por la estancia, con las manos nuevamente en la espalda, pensativo, mirando al techo y al suelo, buscando la manera de solucionar aquello de otra forma distinta de la que Balin le proponía. Eran bastantes los que querían partir hacia las Minas, eso lo sabía, y que su amigo lograría reclutar un gran ejército no le cabía la más mínima duda. Él sólo estaba escuchando el deseo de su pueblo, y actuando en consecuencia de la manera más simple. Dáin no encontraba alternativa, no conseguía vislumbrar otra salida a aquella situación. Finalmente se detuvo a la espalda de su viejo amigo y posó las manos sobre sus hombros.

—Querido amigo —dijo resignado Dáin—, no encuentro más caminos en el horizonte. Yo no puedo acompañarte, pero tampoco puedo impedirte marchar si ese es tu deseo y el de los que te siguen —entonces hizo una pausa. Le costaba decir lo que estaba pensando, en realidad no quería decirlo, pero finalmente habló—. Está bien, Balin, parte hacia Moria. Lo acepto, aunque no de muy buena gana. En el fondo de mi corazón también deseo que consigas tener éxito en esta difícil empresa, y ojalá lo consigas, ojalá tus sueños se cumplan —y Balin puso su mano derecha sobre la de su gran amigo Dáin, soltando un gran suspiro en el que liberó por fin toda la tensión del momento.

Pasados unos momentos Balin se levantó de su silla, miró fijamente a Dáin e hizo una profunda reverencia en señal de respeto. Después le sonrió ligeramente y se marchó, dejando a solas al Rey en aquella habitación. Entonces Dáin murmuró en voz baja algo que no había querido decir antes.

—Ojalá me equivoque, amigo Balin, pero presiento en el fondo de mi corazón que el final de esta aventura no será el deseado.

Al año siguiente, tras muchos preparativos y viajes con mensajes y llegadas de más y más enanos a la Montaña, Balin partió hacia Moria. Eran más de un millar los valientes guerreros que partieron, y los que permanecieron en Erebor no pudieron más que despedirse de ellos y desearles la mejor de las suertes. Lo que ocurrió después aún está por contar, pero sí os diré que durante cinco años la Compañía de Balin se asentó y vivió en Moria, recuperando el viejo esplendor por un tiempo. Sus sueños se hicieron realidad y con esa gloria vivieron hasta el fin de sus días.

Ahora sus corazones descansan tranquilos en los salones de espera, junto a sus padres, y pronto, algún día, alguien les contará que por fin Khazad-dûm ha sido devuelta a manos de los enanos para siempre.

BALIN FUNDINUL UZBAD KHAZADDUMU

(Balin Hijo de Fundin Señor de Moria)